

## I CONCURSO RELATOS CORTOS “ASFALRELATOS” EDICIÓN 2020

**GANADOR/A CATEGORÍA:** A ( ESO)

**NOMBRE:** Lucía Cárdenas Soldán

**PSEUDÓNIMO:** Lunaluz

**CENTRO EDUCATIVO:** IES La Pedrera Blanca

**TÍTULO:** “Vidas cruzadas con un mismo destino”

Cada mañana me asomaba a la ventana de mi habitación y lo veía marchar en su coche rojo que, aunque ya tenía sus añitos, él decía que le tenía mucho cariño y no lo iba a cambiar por uno más moderno. Luego volvía a casa sobre las 5 de la tarde, cansado, pero siempre con su sonrisa, venía a buscarme a mi habitación y a preguntarme qué tal me había ido. Todos los días volvía, pero aquel día no volvió. Recuerdo aquel día como un día gris, lluvioso y con mucho viento. Mi padre, Carlos, se dirigía a casa, después de una larga jornada de trabajo en el hospital. Sí, mi padre era médico de urgencias en el hospital que se encontraba a unos 50 km de casa. Todos los días, hacía el mismo recorrido de ida y vuelta. Todos los días, mi padre entraba por la puerta del hospital con muchas fuerzas para ayudar a las personas que lo necesitaban ¡Y vaya si lo necesitaban con ésto de la pandemia! Nunca escuché de mi padre decir que estaba agotado, que no tenía fuerzas, pero yo pienso que sí lo estaba en su interior, porque han sido muchísimas las personas que han caído enfermas con este virus que aún se encuentra deambulando sin rumbo entre nosotros. Pero aquel fatídico día, al salir del hospital, cuando mi padre se dirigía a su hogar, a reencontrarse con su amada hija, porque nuestra relación padre-hija era más que estupenda, algo se cruzó en su camino que hizo

cambiar su destino, y también el mío. Una llamada de teléfono, pasadas las 5,30 de la tarde hizo que mi mundo se derrumbara.

Su coche se salió de la carretera, dio varias vueltas de campana y sin motivo aparente, no se encontraba nadie más implicado en el accidente. Tuvieron que sacar su cuerpo sin vida con ayuda de los bomberos, porque el amasijo de hierros en el que se había convertido su coche rojo tan querido dificultaba mucho su salida normal. Mi padre murió en el acto, no tuvo la oportunidad de poder pedir auxilio, y cuando llegaron la ambulancia y los bomberos, él ya se había marchado.

Estaba desconcertada, no me lo podía creer, ¿Por qué a él? ¿Por qué a mi padre, que sólo hacía cosas buenas y ayudaba a salvar muchas vidas?

Me encontraba vacía, él era lo único que me quedaba en la vida y ahora ya no estaba, se fue.

Pasaron varios días en los que casi ni me podía sostener en pie, era como si vagara por la vida sin rumbo. Aquellos días de confinamiento se habían vuelto insoportables, encerrada en aquellas cuatro paredes, en las que mirara donde mirara, me recordaba a él. Quería escapar, salir de allí como fuese, necesitaba sentir un pedacito de él. Así que me fui y con ayuda llegué al lugar donde ocurrió todo.

Era una curva no muy peligrosa. A ambos lados lucía un paisaje lleno de matorrales y pasto seco. Ese día el sol lucía con mucha fuerza y me senté al filo del asfalto intentando encontrar respuestas a la eterna pregunta que no paraba de deambular por mi cabeza: ¿Qué le pasó realmente? Sentada con mis rodillas inclinadas y mi cabeza apoyada en ellas, mis ojos no paraban de llorar. Levanté mi cabeza un segundo para limpiar las lágrimas con el brazo y, no podía creer lo que estaba viendo en aquel momento. Una luz muy resplandeciente salía de detrás de un matorral y se acercaba a mí muy lentamente. En ese momento, no sabía si quedarme allí o salir corriendo, pero opté por quedarme allí quieta y perpleja. Cuando estaba cada vez más cerca se podía apreciar la silueta de un hombre. Se agachó hasta mi altura y

cogiéndome las manos, pude ver su rostro, no había dudas, era él, era mi padre. El tiempo se detuvo por un momento, mientras nos abrazábamos. El más sincero amor entre padre e hija se hizo presente justo en aquel instante. No quería desaprovechar la oportunidad de preguntarle el motivo del accidente, pero tampoco quería que se terminara aquel momento y ya no lo pudiera volver a ver ni abrazar nunca más. Acariciándome la cara, me dijo que no me preocupara, que todo allí estaba bien y no había maldad ni cosas malas, pero que tenía que saber la verdad de lo que sucedió.

Según las investigaciones, nadie más, aparte de mi padre, se vio involucrado en el accidente, no había pistas, ni testigos. Pues bien, mi padre me contó la verdad de lo sucedido. Cuando él se dirigía hacia casa, justo antes de llegar a aquella curva, un coche que venía de frente le deslumbró con las luces, de tal manera que, le hizo perder el control del coche, y por consiguiente salirse de la calzada, provocando su muerte.

Mi padre me encomendó una misión: encontrar a la persona que viajaba en ese coche, que le deslumbró sin escrúpulos y que lo peor de todo, ni se paró a auxiliarlo cuando el coche volcó, ya no sólo para que pagara por lo ocurrido, si no para que no volviese a pasar y se llevara por delante más vidas humanas inocentes.

Me dijo su número de matrícula y que no dejase de buscarlo hasta que lo encontrara. Yo no daba crédito a lo que me estaba contando.

Mezcla de sentimientos encontrados, alegría por volver a ver a mi padre y la impotencia de que todo había sido por culpa de un desalmado que andaba por ahí suelto y que ni se bajó a ayudarlo. ¿Cómo podían existir ese tipo de personas en este mundo? ¿No es suficiente estar viviendo lo que estamos viviendo con este virus enemigo que anda por ahí afuera, para que encima vayan algunos saltándose las normas y encima provocando la muerte de otras?

Pensé en dirigirme inmediatamente a la policía, pero claro, no podía decirles que se me había presentado mi padre y me había dicho la matrícula de aquel coche siniestro, no me iban a creer. Así que, me puse a investigar

por mi cuenta. Todos los días, conduciendo un amigo mío, hacíamos el mismo recorrido que hacía mi padre de vuelta a casa, en diferentes tramos de horas. Hasta que un día, lo encontré. Un coche blanco, familiar, con la misma matrícula que me dijo mi padre, se cruzó con nosotros por la carretera, en dirección al hospital donde mi padre trabajaba. Lo seguimos, y silenciosamente vimos bajarse de él a una mujer de avanzada edad que entraba por la puerta de urgencias del hospital. Nos quedamos fuera vigilando, hasta que, por fin, la vimos salir. Nuestra intención era hablar con ella para ver si nos daba alguna explicación de lo ocurrido con el accidente de mi padre, pero nos detuvimos en seco, cuando la vimos derrumbarse en la puerta de urgencias, hablando con un médico, ella rompió a llorar desconsoladamente. Viendo aquella situación, no era moral llegar y preguntarle lo que tenía en mente, así que dejé que se marchara y me acerqué a hablar con aquel médico que estaba con ella, que curiosamente era amigo y compañero de mi padre. Pues le estaba dando la noticia a aquella mujer de que su marido, que había enfermado de covid-19 hacía muy pocos días, acababa de fallecer en la UCI.

El enigma seguía en mí, no encontraba respuestas aún. Tenía que hablar con aquella señora para ver si me podía aclarar algo. Dejé pasar unos días y encontré su dirección.

Nunca antes me habían temblado tanto las piernas como en aquel momento que pulsé el timbre de su casa. Y allí estaba ella, con una dulce y apenada mirada de tristeza, me invitó a pasar, algo me hacía pensar que ella ya me esperaba.

Nos sentamos en la sala y con dos lágrimas recorriendo su rostro me dijo: -sé quién eres. No puede contenerme y, aunque no podíamos tener contacto de piel, tuve que abrazarla, la misma sensación tuvo ella conmigo.

Sus manos arrugaditas apretaron fuertemente las mías y mirando una foto de su marido que estaba encima de la mesilla, justo al lado de su retrato en blanco y negro de boda, me dijo que la muerte de mi padre había sido por su culpa, que cuando volvió a casa se lo contó todo. Habían tenido muchas

peleas porque él ya no estaba en condiciones de conducir, era muy mayor, sus reflejos no eran los mismos y sus oídos apenas podían escuchar. Aquel día, ya se empezó a encontrar enfermo, tenía fiebre y yo no quería que saliese de casa, aun así, él se fue. Le dije que por error se le encendieron las luces del coche que deslumbraban más, la lluvia no ayudaba y en un segundo pasó todo. El motivo de por qué no se paró a auxiliarlo fue porque temía que le echaran una buena multa por saltarse el confinamiento y encima con síntomas de la enfermedad. Además, no tenía carnet de conducir, porque en la última renovación, no lo vieron apto, así que no se lo dieron, pero él seguía conduciendo. Hace 4 días murió completamente sólo en el hospital a causa de este virus maldito, un virus que los ha separado después de 50 años juntos.

Me suplicó que lo perdonase, que no fue su intención, que era un hombre bueno, sin maldad y que nunca le hizo daño a nadie. Por primera vez en mi vida, me quedé sin palabras. Yo que iba decidida a que me diera una explicación el causante de la muerte de mi padre, que iba llena de rabia y rencor por haberme arrebatado lo más valioso que tenía en mi vida, ahora ya esos sentimientos se fueron de repente. Me vi reflejada en aquella débil señora de pelo blanco y mejillas sonrosadas, las dos habíamos perdido lo que más queríamos en el mundo, de forma muy diferente, y ambos se fueron. Siento tristeza por ella, porque ni ella ni yo, nos merecíamos la situación que vamos a tener que vivir el resto de nuestras vidas.

No me gusta la expresión “justicia divina”, pero debo pensar en que algo tuvo que ver. Sus vidas se cruzaron con un mismo destino. A mi padre, por desgracia, no se le hará justicia, porque ese pobre hombre ya no está aquí tampoco para pagar por lo que hizo.

Por eso, debemos ser más conscientes de nuestros actos. Si en verdad, no reunimos las condiciones de conducir, hay que ser más responsables y no arriesgar la vida y las de las demás por ser tan imprudente y coger el coche cuando ya no se tienen las cualidades para hacerlo.

A pesar de todo esto, creo que mi padre estará orgulloso de mí allá donde esté. Gracias a él, he podido descubrir toda la verdad de aquel fatídico día y poder descansar mi mente que no paraba de hacerme preguntas sin respuestas.

Por favor, seamos más tolerantes al volante, respetemos las normas de seguridad y circulación, porque no sólo está en juego tu vida, piensa que también está en juego las vidas de muchas personas, como la que perdió mi padre, vidas de personas inocentes con un futuro en sus manos por descubrir, las vidas de muchos seres maravillosos.

**LUNALUZ**